

Henri Bergson y la idea del inconsciente

Juan Padilla

Universidad Complutense de Madrid

Resumen

Se estudia la idea del inconsciente en Bergson, poco atendida y de gran originalidad.

Para Bergson, el pasado se retiene en su integridad, iluminando la conciencia únicamente la parcela del mismo necesaria para la acción. Todo lo retenido en la memoria puede llegar a hacerse consciente en determinadas circunstancias y actúa siempre (inconscientemente) sobre la conciencia, constituyendo el «carácter».

Se tiene en cuenta la evolución de las ideas de Bergson y se comparan con las doctrinas psicoanalíticas.

Palabras clave: Bergson, inconsciente, memoria, Freud.

Abstract

This paper studies the idea of the unconscious in Bergson, closely linked to his psychological and philosophical thinking, not much considered and of great originality.

For him the whole past is retained, but consciousness illuminates only the part of it needed for action. All that is retained in the memory can become conscious in certain circumstances and always acts (unconsciously) on the conscience, constituting the «character».

The evolution of Bergson's ideas is considered and his doctrines compared with the psychoanalytical ones.

Keywords: Bergson, unconscious, memory, Freud.

Bergson nace en 1859. Pertenece pues a la generación de John Dewey y Edmund Husserl, de Paulov y de Freud. La generación anterior, la de 1841, la de William James y Franz Brentano, la de Mach, Ribot y Ward, ha sido decisiva para la ciencia psicológica. Es la generación en la que se produce «la verdadera incorporación del evolucionismo a la psicología» y en la que nacen la psicología comparada y la psicología infantil. Aún no se ha iniciado propiamente la

metodología experimental y la figura del psicólogo todavía no está netamente perfilada. Pero se lleva a cabo una labor de fundamentación que se prolongará en la generación siguiente.¹

Dentro de esta generación la obra de Bergson muestra un carácter claramente filosófico, pero se desarrolla en estrecho contacto y frecuente diálogo con las ciencias, en particular la biología y la psicología. Entre los cursos por él dictados en los institutos de Clermont-Ferrand y Henri IV de París se conservan dos sobre psicología, de 1887-88 y 1892-93 respectivamente, que han sido publicados póstumamente.² Por otra parte, sus dos primeras obras, *Essai sur les données immédiates de la conscience* (1889) y *Matière et mémoire* (1896) muy bien podrían considerarse un *Essai sur les fondements de la science psychologique*.³ No obstante, el pensamiento de Bergson parece haber tenido muy escasa repercusión entre los psicólogos.

A finales del siglo XIX, antes de la irrupción del psicoanálisis, es una cuestión disputada entre los filósofos, no ya la existencia o no de estados o hechos psíquicos inconscientes, sino el sentido mismo de dichas expresiones, que a menudo se entienden como contradicciones en los términos. La posición de Bergson a este respecto es original. Pues no solo reconoce la existencia de hechos psíquicos inconscientes (habla incluso del inconsciente, *l'inconscient*, como sustantivo), sino que les concede un lugar central en su conceptualización de la vida psíquica.

Es interesante notar que, mientras en el curso de París (1892-93) dedica diez páginas a los estados psíquicos inconscientes, en el de Clermont-Ferrand (1887-88) apenas habla de ellos. Como señala en efecto Henri Hude, «le point de l'inconscience est un de ceux sur lesquels Bergson paraît avoir le plus évolué entre Clermont et Paris».⁴

Pero la doctrina sobre el inconsciente en la obra por él publicada, y que podemos por tanto con toda propiedad atribuirle, se concentra en unas cuantas páginas de *Matière et mémoire*.

En el capítulo II establece Bergson su clásica distinción entre el «recuerdo-imagen» (*souvenir-image*), la memoria como mecanismo motor (la memoria con que se aprende una lección o una lengua) y la memoria como «recuerdo puro» (*souvenir pur*), recuerdo independiente (la pura retención del pasado en cuanto tal, por ejemplo de la primera vez que se leyó una lección o se oyó una palabra), afirmando que «la percepción nunca es un simple contacto del espíritu con el objeto presente, sino que está impregnada de recuerdos-imágenes que la completan interpretándola».⁵ Dichos «recuerdos-imágenes» funcionan pues como meros esquemas prácticos de reconocimiento, y son los que, según Bergson, conservarían el cerebro.

1. Cf. Helio Carpintero, *Historia de las ideas psicológicas*, Pirámide, Madrid 1998, 188-189.

2. *Cours. I. Leçons de psychologie et de métaphysique. Clermont-Ferrand, 1887-1888*, PUF, París 1990; *Cours. II. Leçons d'esthétique à Clermont-Ferrand. Leçons de morale, psychologie et métaphysique au lycée Henri-IV*, PUF, París 1992.

3. Cf. *Cours I*, o.c., 435. A pesar de las diferencias en el punto de partida y planteamiento, estas obras tienen un sentido similar al de las que por las mismas fechas publican Wilhelm Dilthey (*Ideen zu einer beschreibende und zergliedernde Psychologie*, 1894), Franz Brentano (*Psychologie vom empirischen Standpunkt*, 1874) o William James (*Principles of Psychology*, 1890).

4. *Cours. II*, o.c., 471.

5. *Matière et mémoire*, PUF, París 1993, 147; cito siempre de esta edición.

En el capítulo III, tras haber señalado como función vital del cuerpo en general la selección de imágenes de cara a la acción y haber resaltado el papel de la memoria en la percepción o reconocimiento de las imágenes, aborda Bergson la cuestión de su conservación y se pregunta: ¿qué sentido vital puede tener la retención de los puros recuerdos, del pasado en su totalidad?

Toda la concepción de la vida psíquica de Bergson gira en torno al análisis de la memoria. Al tratar de entender su sentido vital se topa con los intrincados problemas de la relación entre retención y anticipación, alma y cuerpo, consciente e inconsciente. La conciencia carece ya para él (como en general para filósofos y psicólogos desde la revolución desencadenada por el evolucionismo) de sentido meramente contemplativo. La conciencia solo puede ser función de la vida y por tanto de la acción, de la práctica. Es un ámbito de retención y anticipación de que la vida misma, es decir la acción eficaz, se ha dotado. La conciencia retendría pues del pasado lo que necesita para actuar eficazmente en cada momento. Desde este punto de vista, un estado psicológico inconsciente sería en principio un estado psicológico impotente.

Si la conciencia es anticipación y memoria, la inconsciencia es olvido; lo inconsciente es ante todo lo olvidado. Si el pasado en conjunto queda inconsciente, olvidado, es, ya lo hemos dicho, porque es inútil para el presente. Pero que el pasado quede inconsciente no significa que deje absolutamente de existir, como no dejan de existir (tal es la creencia general) las imágenes materiales, los objetos, que no percibimos actualmente: lo que Bergson llama el «inconsciente material». Si la «existencia fuera de la conciencia» nos parece clara cuando se trata de objetos y oscura cuando se trata del sujeto es porque los objetos nos interesan siempre de cara a la acción, la materia se presenta siempre a la vida como campo de posibilidades inmediatas de futuro (como promesa o amenaza), mientras que la retención de nuestros estados psíquicos es en principio un lastre inútil, sin conexión aparente con el presente; por eso, según Bergson, tendemos a considerar todo lo que se pierde en la inconsciencia por el lado del sujeto como inexistente.

Sin embargo, si se mira bien, el encadenamiento y sistematismo que observamos en los objetos (las imágenes extendidas en el espacio), razón añadida para el reconocimiento de su existencia, se da con el mismo rigor en los estados psíquicos (las imágenes prolongadas en el tiempo). En cierto modo estos nos son incluso más presentes, porque el carácter, que es «la síntesis actual de todos nuestros estados pasados», está siempre condicionando nuestras decisiones.⁶

Para que algo exista en la experiencia han de darse, según Bergson, dos condiciones: la primera, que se haga presente a la conciencia; la segunda, que se dé en conexión con lo que lo precede y lo que lo sigue. Ambas condiciones se cumplen en la vida psicológica pasada: en primer lugar, toda ella se hace presente, se revela en nuestro carácter, «aunque ninguno de los estados pasados se manifieste en el carácter explícitamente», y, en segundo lugar, toda ella condiciona –sin determinarlo– nuestro estado presente. El cumplimiento de estas dos condiciones justifica que se pueda hablar de la existencia real, aunque inconsciente, de todos nuestros estados psicológicos pasados, que en cuanto tales, en sí mismos, serían siempre conscientes.⁷

6. Cf *Matière et mémoire*, o.c., 162.

7. Cf *Matière et mémoire*, o.c., 164-165.

En la conciencia actual, sin embargo, se dan diversos planos. Tenemos en primer lugar el plano de la acción inmediata (*plan de l'action*), en el que los actos perceptivos y motrices se realizan de manera habitual, casi automática. La memoria que se pone en juego en dicho plano es la memoria de los «recuerdos-imágenes», que intervienen en el reconocimiento de los objetos e implican ya un comienzo de respuesta motriz. Son recuerdos esquemáticos, recortados, únicos que pueden almacenarse en el cerebro y respecto de los cuales tiene sentido hablar de «asociación de ideas» por similitud o contigüidad. Y en el extremo opuesto tenemos el plano del sueño o ensueño (*plan du rêve*), en el que la mente, desconectada de todo interés práctico, puede vagar libremente por la totalidad del pasado, sin que ninguna urgencia vital la ate a un recuerdo o imagen determinados. Son, no obstante, dos límites extremos que nunca se dan en estado puro. Lo que se dan son infinidad de estados intermedios.

Nuestra vida psicológica normal oscila entre estos dos extremos. Por un lado, la acción limita y disciplina, por así decir, la memoria; por otro, la memoria misma, con la totalidad del pasado «ejerce presión para insertar en la acción presente la mayor porción posible de sí misma».⁸ Es como si nuestros recuerdos se repitieran indefinidamente en las innumerables reducciones posibles que el presente impone a nuestra vida pasada: «Adoptan una forma más trivial cuando la memoria se estrecha más, y más personal cuando se dilata, entrando así en una multitud ilimitada de 'sistematizaciones' diferentes».⁹

El equilibrio mental dependería, en fin, de que pese a la enorme presión de la vida psíquica acumulada en la memoria se mantenga la «atención a la vida», a la que el cuerpo, con su sistema nervioso, constriñe durante la vigilia. El sueño sería en este sentido una alienación transitoria.¹⁰

Prescindimos aquí de las prolongaciones especulativas y metafísicas que Bergson, en esta y otras obras, realiza de manera extraordinariamente sugerente sobre la base de una concepción evolutiva que reelabora de modo original.¹¹

Los interrogantes que suscita la concepción del inconsciente de Bergson son innumerables. A él mismo no se le escapan muchas de las dificultades. Podemos comprobarlo en dos textos menores en los que hace, por así decir, un repaso al estado de la cuestión: el mencionado curso de 1892-93, anterior a *Matière et mémoire*, y un debate de la *Société Française de Philosophie* de 1909.

El primero es un texto para uso en clase, no exento de contradicciones y cuyas opiniones no podemos atribuir sin más a su autor. Pero nos da una idea de los problemas subyacentes a la conceptualización de lo inconsciente en la situación histórica de Bergson. Empieza este reconociendo la existencia de distintos grados de conciencia: la «conciencia refleja», la «conciencia espontánea» y un tercer grado constituido por «esa conciencia fugitiva, evanescente, efímera de un estado que no dura lo suficiente para afirmar su parentesco (*parenté*) con los otros». Luego se plantea la pregunta inevitable: si se puede decir que existan estados psicológicos

8. *Matière et mémoire*, o.c., 187.

9. *Matière et mémoire*, o.c., 188.

10. Cf. *Matière et mémoire*, o.c., 193-196.

inconscientes y en qué sentido. Enumera los tipos de hechos psíquicos que se han considerado tradicionalmente inconscientes. Y tras discutir caso por caso llega a la siguiente conclusión: solo se puede hablar propiamente de estados psicológicos inconscientes en los siguientes casos: 1. «los estados de conciencia muy débiles o muy rápidos de los que no conservamos recuerdo»; 2. «los estados psicológicos disociados, conscientes sin duda, pero conscientes para ellos más que para nosotros»; y 3. «los estados psicológicos constituidos en sistemas independientes, o cuando menos desprendidos del yo fundamental». Según esto, la inconsciencia de lo inconsciente sería relativa; relativa a la conciencia central del yo: «un estado psicológico no es nunca en sí un estado inconsciente, pero puede ser inconsciente en relación a nuestra conciencia». Lo que supone, en definitiva, que la «materia», por así decir, de que está hecha lo psíquico es en cualquier caso conciencia.

En 1909, cuando ya el psicoanálisis ha hecho su irrupción, vuelve a plantearse Bergson los problemas conceptuales del inconsciente en un debate celebrado el 25 de noviembre en la *Société Française de Philosophie* en torno al libro de G. Dwelshauvers *L'inconscient dans la vie mentale*.¹² El problema sigue siendo el mismo: ¿cómo entender la realidad del inconsciente? Las dificultades brotan del carácter negativo del término. Se trata, como es obvio, de hechos no meramente no conscientes, sino no conscientes y que además afectan a la vida psicológica. Pero ¿cómo delimitar el ámbito de lo que atañe a la vida psicológica? «Yo llamaría inconsciente –concluye Bergson– a todo lo que puede aparecer en un estado consciente cuando interviene esa herramienta de aumento que llamamos atención, con tal de que se extienda mucho el sentido de esta última palabra y de que se trate de una atención ampliada, intensificada, que ninguno de nosotros posee nunca por entero, aunque pueda indefinidamente obtener algo de ella».¹³

Sobre la base de su teoría de la memoria, y por tanto haciendo intervenir el inconsciente, levanta Bergson luego su interpretación de hechos concretos como el sueño (*le rêve*)¹⁴ y lo que él llama el recuerdo del presente y el falso reconocimiento (*le souvenir du présent et la fausse reconnaissance*).¹⁵ Pero los datos esenciales están apuntados con lo dicho.

Habría que preguntarse ahora qué lugar ocupa la conceptualización del inconsciente de Bergson dentro de la historia de este complejo problema, y en particular en relación con las teorías psicoanalíticas. Apenas hay lugar para un par de pinceladas. En primer lugar, el franco reconocimiento que hace Bergson del inconsciente, y de su carácter propiamente psíquico, disuena frente a la opinión filosófica general en su época. En segundo lugar, sin albergar evidentemente todos los elementos descriptivos del psicoanálisis, se revela en algunos puntos esenciales compatible con él y aun, en algún sentido, como un posible complemento interpretativo.

La historia de la idea del inconsciente tiene, como es notorio, un punto de inflexión en la obra de Freud –casi coetáneo de Bergson. Pero dicha historia a finales del siglo XIX era

11. Véase sobre todo *L'évolution créatrice* (1907).

12. Cf. Henri Bergson, *Mélanges*, PUF, París 1972, 803-810.

13. *Mélanges*, o.c., 809.

14. En una conferencia pronunciada en el «Institut général psychologique» el 26 de marzo de 1901, recogida luego en *L'énergie spirituelle* (1919).

15. En un artículo de 1908 recogido también en *L'énergie spirituelle*.

ya antigua.¹⁶ En las últimas décadas del siglo XIX las referencias literarias al inconsciente son cada vez más frecuentes; pero los filósofos-psicólogos suelen identificar psique con conciencia, relegando los fenómenos inconscientes al campo de la fisiología. Se reconocen los hechos, pero se rechaza su conceptualización como absurda.

En tales circunstancias la apelación de Freud al inconsciente como instancia explicativa universal no podía sino despertar (otras razones aparte) la más viva oposición. «Para el psicoanálisis», dice Freud en su *Autobiografía (Selbstdarstellung)*, «todo es, en un principio, inconsciente, y la cualidad de la conciencia puede agregarse después o faltar en absoluto. Estas afirmaciones tropezaron con la oposición de los filósofos, para los que lo consciente y lo psíquico son una sola cosa, resultándoles inconcebible la existencia de lo psíquico inconsciente. El psicoanálisis tuvo, pues, que seguir adelante sin atender a esta idiosincrasia de los filósofos...».¹⁷

Pero el mismo Freud no puede eludir los problemas epistemológicos y filosóficos planteados por su método psicoanalítico. Los reconoce y hasta cierto punto los aborda en su famoso ensayo *Das Unbewusste*, de 1915.¹⁸ Insiste en que la existencia del inconsciente es una hipótesis necesaria, apoyada en un gran número de observaciones empíricas: «Desde muy diversos sectores se nos ha discutido el derecho a aceptar la existencia de un psiquismo inconsciente y a laborar científicamente con esta hipótesis. Contra esta opinión podemos argüir que la hipótesis de la existencia de lo *inconsciente es necesaria y legítima*, y, además, que poseemos múltiples *pruebas* de su exactitud».¹⁹

Llega incluso a comparar la revolución del psicoanálisis en lo psíquico con la revolución kantiana en el conocimiento del mundo físico: «Del mismo modo que Kant nos invitó a no desatender la condicionalidad subjetiva de nuestra percepción y a no considerar nuestra percepción idéntica a lo percibido incognoscible, nos invita el psicoanálisis a no confundir la percepción de la conciencia con los procesos psíquicos inconscientes objetos de la misma. Tampoco lo psíquico tal como lo físico necesita ser en realidad tal como lo percibimos».²⁰ Para Freud, el inconsciente es la verdadera realidad psíquica, que nos es tan desconocida como la realidad material en sí.

Ahora bien, este paralelismo entre el conocimiento del mundo físico y el conocimiento del mundo material lo hallamos también en la concepción bergsoniana del «inconsciente psíquico» y el «inconsciente material». No hay en Bergson evidentemente nada de la tópica y la dinámica de la represión freudiana, pero su concepción de lo inconsciente como olvido o, si se quiere, como «recuerdo puro» (*souvenir pur*), como *plan du rêve* de la memoria, que deja continuamente sentir su peso sobre el presente, no excluye las observaciones freudianas; las sitúa en cierto modo en un marco más amplio.²¹

16. Cf. Lancelot Law Whyte, *The unconscious before Freud*, Basic Books, Nueva York 1960.

17. Alianza, Madrid 1973, 43.

18. *Lo inconsciente*, en *Obras completas*, 11, Orbis, Barcelona 1988, 2061-2082.

19. *Lo inconsciente*, o.c., 2061.

20. *Lo inconsciente*, o.c., 2064.

21. El mismo Freud reconoce que lo reprimido no agota el contenido de lo inconsciente: cf *Lo inconsciente*, o.c., 2061.

La concepción del inconsciente de Bergson, por lo demás, es más fluida, orgánica, biológica, que en Freud, en quien subyace una visión mecánica que debe mucho, por una parte al dualismo cartesiano (en el que la conciencia es sustituida por el inconsciente) y, por otra, al asociacionismo empirista (que le transmite una concepción atomística, discreta, de las «ideas»); tradiciones ambas que le llegan a través de Brentano. «Lo que hace Freud en realidad es aplicar un esquema interpretativo tomado de la neurología a los fenómenos que sus estudios psicológicos le obligan a tomar en consideración».²²

Para Bergson, como para Freud, el inconsciente es el vínculo subyacente entre la infancia y la vida adulta; pero no tiene, como en las teorías freudianas, un papel determinante, porque la conciencia no se reduce en definitiva para él, como para Freud, a inconsciencia; y conciencia es esencialmente libertad.

Desde la concepción bergsoniana cabría incluso albergar la ampliación de lo inconsciente llevada a cabo por Jung, reconociendo la existencia de un inconsciente colectivo, impersonal o sobrepersonal que contenga «las imágenes primordiales de carácter universal humano», los arquetipos, cuyo origen, afirma Jung, no puede explicarse «sino suponiendo que son sedimentos de experiencias constantemente repetidas por la humanidad».²³ Lo que Bergson no podría aceptar es, como parece suponer Jung, su transmisión a través del cerebro.

Quedan abiertos, en cualquier caso, multitud de problemas. Es evidente que todo lo olvidado se conserva de un modo inconsciente, latente. Pero ¿cómo entender exactamente este modo de conservación? Y no menos problemático: ¿qué es en rigor lo que se conserva? ¿cuál es el contenido preciso de lo inconsciente? ¿solo lo que de alguna manera, aun en su sentido más vago, ha sido consciente? ¿qué ocurre con las franjas o márgenes de la conciencia? ¿puede hablarse realmente de contenidos psíquicos inconscientes que nunca fueron conscientes, o que nunca podrán llegar a serlo?

Una cosa es clara para Bergson: sea cual sea el tipo de realidad que se reconozca a lo inconsciente, este solo puede entenderse a partir de lo consciente –del mismo modo que las cosas en sí solo pueden entenderse a partir de lo que son para mí; del mismo modo que solo tiene sentido hablar de irracionalidad porque hay razón.

22. A. C. MacIntyre, *The unconscious. A conceptual analysis*, Routledge & Kegan Paul – Humanities Press, Londres – Nueva York 1967⁴, 23.

23. Cf. C. J. Jung, *Lo inconsciente en la vida psíquica normal y patológica*, Losada, Buenos Aires 1965, 89.